

aflar de los cuchillos.» Al propio tiempo pudo notarse un empobrecimiento intelectual creciente del partido conservador y ministerial en el parlamento y fuera de él, mientras la oposicion tenia casi plétora de talentos. Los mas notables de la derecha, como Remusat y Duvergier d'Hauranne, se pasaron al partido de Thiers y al centro izquierdo, y Lamartine, que en los debates suscitados por la cuestion de Oriente se habia distinguido como orador ministerial robusto, se pasó á la oposicion, despechado por haberse opuesto Guizot á su eleccion para la presidencia de la cámara, solo que enamorado de su propio talento y de su elocuencia parlamentaria, formó un partido independiente, del cual era él único jefe y tambien único adepto.

La lucha se habia ido extendiendo de las cámaras á la prensa periódica y literaria, donde el gobierno estaba enteramente en desventaja, no obstante las muestras de proteccion económica que el rey y su corte dispensaban de cuando en cuando, ora por miedo ora por cálculo, y que los autores por lo regular despreciaban. La poesia, obedeciendo á la corriente moderna, tan poco dada á ensueños reñidos con la realidad, se hizo republicana. Lamartine tiene el triste mérito de haber glorificado en su *Historia de los Girondinos* á los verdugos y los horrores de 1793, y de haber reanimado en sus contemporáneos el fuego revolucionario que habia consumido á aquella generacion. Gracias al encanto irresistible que el talento de Lamartine supo prestar á su narracion, tuvo esta obra mas lectores y fué leida con mas entusiasmo todavía que la *Historia de diez años*, por Luis Blanc, que en el fondo no es otra cosa que una sola acta de acusacion de la monarquía de 1830 y una apología de sus adversarios.

Para defender al gobierno contra estos enemigos en la prensa periódica era demasiado altanero Guizot; y si los republicanos no se hubiesen hecho la guerra entre sí en sus periódicos *Le National* y *La Reforme*, habria sido mucho mas lamentable la posicion del gobierno en la prensa, que era á la verdad puramente militante y no hacia nada para instruir é ilustrar sólidamente á sus lectores, que á su vez tampoco pedian otra cosa, como lo prueba la indiferencia con que fueron recibidos los escritos políticos del profundo jurista Tocqueville.

La política extranjera del gobierno fué el terreno en que la oposicion se ensañó mas. Era ya una desgracia para Guizot el haber tenido que inaugurar su administracion, aunque sin culpa suya, con una retirada humillante para la diplomacia francesa, que sufrió despues las derrotas en las islas de Taití y en Marruecos. Estas derrotas hicieron creer que el integérrimo Guizot cobraba una subvencion inglesa, por cuya razon le designaron sus enemigos de la oposicion con los nombres de lord Guizot y de virey inglés en el continente. Con esto tocaba la oposicion en lo vivo á la nacion francesa. Su sumision al extranjero era su punto mas vulnerable, y no perdonaba ya á los que la habian conducido á tal extremo. No menos irritante y funesta para Luis Felipe fué la revelacion del hecho de haber sacrificado la amistad honrosa de Inglaterra al interés de su familia, y de haber entrado en alianza con el Austria á favor de los jesuitas de Suiza. Hasta el suceso que mas halagaba á la nacion, la rendicion de Abd-el-Kader, fué despojado por el gobierno de su mérito trasformándolo en arma para la oposicion, porque no cumplió la promesa que el hijo del rey, el duque de Aumale, habia dado á su prisionero, de dejarle ir á vivir libremente á cualquier punto del Oriente, y tuvo al emir prisionero en Tolon y luego en Mazas, de donde no salió hasta que Napoleón III le puso en libertad.

No encontrando ya el rey y su ministro el apoyo necesario para sostenerse en la masa de la nacion ni en el partido

liberal, hicieron lo que todos los gobiernos desahuciados, buscaron su fuerza en el extranjero, en Roma, es decir, asociándose á los ultramontanos y al Austria católica. Luis Felipe, despues de haber casado á tres de sus hijos con protestantes y que de buena gana habria llamado nuera á la protestante reina de Inglaterra casándola con su hijo segundo el duque de Nemours si hubiese sido posible, empezó á hacerse agradable á los jesuitas, con gran satisfaccion de su devota esposa y de toda su corte, á fin de asegurarse la cooperacion valiosísima de esta órden en las elecciones. El mismo Guizot, protestante puritano, no tuvo escrúpulo en conceder las sillas episcopales vacantes á los candidatos mas ultramontanos, ni en entregar la instruccion primaria á frailes y monjas, tolerando la intrusion de los jesuitas en todas partes. Pronto se notó el afan con que se apoderaron de la instruccion y con que combatieron el monopolio de la universidad, que no habia dado los frutos que habian sido de esperar, conforme se probó con los datos estadísticos oficiales presentados en 1842 por Villemain. Este ministro retiró su proyecto de segunda enseñanza presentado en 1841, amen de otras concesiones que hizo al clero, el cual habria conseguido la libertad de enseñanza sin intervencion del Estado si no lo hubiesen impedido el partido liberal, en las cámaras, y las voces de alarma de los representantes de las ciencias y de las letras (1). Estos clamores adquirieron mayor importancia entonces con motivo de un pleito ruidoso en que se vieron envueltos los jesuitas y del cual resultó la certeza oficial de la existencia de la órden en Francia, á pesar de la ley que la prohibia terminantemente, y la de su inmenso caudal y vastas empresas mercantiles. En mayo de 1845 interpelló Thiers al ministerio sobre la aplicacion de las leyes referentes á las congregaciones religiosas, con lo cual se originaron debates muy ruidosos que acabaron, sin embargo, pasándose al órden del día «en la esperanza de que el gobierno haria cumplir las leyes.» Guizot, deseoso de evitar el empleo de la fuerza contra la órden, encargó al conde Rossi que obtuviera del papa que por sí mismo hiciera cumplir la ley en Francia á los jesuitas; cosa que el papa solo hizo cuando el rey, cansado de esperar, le envió á decir que no queria comprometer su corona con exageradas atenciones á estos padres. Sin embargo, todo lo que logró fué una reduccion insignificante de su número, que bastó al gobierno para anunciar oficialmente la disolucion voluntaria de sus establecimientos en Francia. Salvandy, el sucesor de Villemain en el ministerio de Instruccion pública, dió un rudo golpe á la independencia de la universidad con la reorganizacion del consejo superior de enseñanza, agregando á los ocho miembros inamovibles sacados de entre el cuerpo docente de la universidad, veinte miembros mas, no pertenecientes á ella y renovables.

De esta manera habia ido falseándose tambien completamente todo el sistema constitucional hasta su última fibra. La cámara de diputados lo representaba todo, menos la voluntad nacional, primero porque la ley electoral solo concedia este derecho á poco mas de un dos por ciento de todos los franceses de mas de veinticuatro años de edad, de los cuales solo una sexta parte eran elegibles, y segundo, por la corrupcion escandalosa y los manejos del gobierno. Desde que la coalicion de la cámara en la legislatura de 1839 habia obligado al rey á separarse de Molé, el ministro mas sumiso y mas á su gusto que habia tenido, todo el afan de Luis Felipe fué hacerse con una cámara completamente adicta y obediente, para lo cual no perdonó medio ninguno, sin cuidarse ni él ni

(1) E. Quinet, en *Los Jesuitas*, 1844, y J. Michelet en su obra: *Du prêtre, de la femme, de la famille*, 1845.

Guizot del aforismo de este último, á saber, que para gobernar á un pueblo es menester poseerlo; y que la mayoría de la cámara no era el pueblo, y menos una cámara de 459 representantes de los cuales 149 eran, en 1842, empleados del gobierno, y luego se aumentaron en las nuevas elecciones hasta 200. Acaso jamás fueron mayores que entonces en las elecciones de los cuerpos legislativos en Francia la corrupcion, el soborno y el falseamiento del sufragio, y como dijo Proudhon, «este rey, modelo de esposos y de padres, era corruptor concienzudo y sin malicia.» Guizot tambien permitia que sus subordinados vendieran los empleos para ganar votos, á fin de ligar fuertemente el parlamento al trono, persuadido de que así quedaba este último perfectamente afianzado, sin ver que el parlamento no tenia ya su base en el pueblo, y que sin esta base, cámara y trono estaban en el aire aunque encadenados entre sí. Palmerston dijo despues: «Guizot creyó poder gobernar y dirigir la nacion con un parlamento mentira y una mayoría comprada, pero ha resultado que la fuerza armada popular es la que interviene en el gobierno del rey (1).» Parece imposible que un hombre tan ilustrado y docto como Guizot pudiera engañarse hasta el punto de asegurar, años despues, que cuanto mas oscuro se presentaba el horizonte político de Francia, cuanto mayores fueron siendo las dificultades con que tenia que luchar y cuanto mas formidables fueron los ataques de sus adversarios contra su política, mas escrupulosamente se habia mantenido y hecho fuerte dentro del círculo de la constitucion.

La corrupcion electoral, que se habia hecho costumbre hasta el grado de no verla los mismos que de ella se servian, no habria sido posible sin la connivencia de aquella parte de la sociedad que salia beneficiada con ella y que consideraba el derecho de ser elector y el cargo de representante del pueblo como una granjería, y muchos que antes de ser diputados habian tronado contra los abusos, las influencias y los cohechos, se callaron cuando les tocó aprovecharse de ellos. La empleomanía tomó ostensiblemente proporciones inmensas, habiendo habido diputado que solicitó y obtuvo del gobierno, con el tiempo, mas de 300 empleos y favores para sí y sus amigos, conforme se vió en los papeles hallados cuando la revolucion de 1848 en el palacio de las Tullerías (2) y que hacen caer por su base las aseveraciones de rectitud é integridad constitucionales de Guizot. Para contentar á tanto hambriento y aumentar el número de sus adictos creó el gobierno sucesivamente hasta 35,000 empleos nuevos; de suerte que hasta Metternich se sintió un tanto perplejo al tratar con semejante gobierno cuya única religion era, efectivamente, su propio interés, como decian sus enemigos (3). La inmoralidad política infiltrada en la sociedad francesa durante los diez y ocho años de la monarquía de Luis Felipe, preparó á la Francia para someterse al despotismo del segundo imperio, como ya lo habia previsto é indicado el publicista Fonfrède en 1845 (4).

(1) Ashley, *Life of Palmerston*, tomo I, pág. 53.

(2) Publicados despues por Tascheran en la *Revue rétrospective*.

(3) Véanse sus *Papeles póstumos*, tomo VII, pág. 101.

(4) Véanse sus *Œuvres*, III, I, pág. 364. Escribia en 1845: «En vano se decretarán nuevas constituciones, nuevas leyes, nuevas libertades. Si las costumbres políticas de la nacion se debilitan y retroceden, si se las divide, si se las corrompe, si se destruye ese vínculo moral, ese punto de apoyo en que deben sostenerse exclusivamente el órden y la libertad, no habrá ni libertad, ni órden, ni progreso; no habrá mas que una divagacion universal, charla de escolares, leyes incoherentes, de esas que á veces por lo bueno que contienen producen tantos males como por sus disposiciones desacertadas; no habrá mas que anarquía completa, hasta que el cielo en su misericordia depare como de limosna al pueblo un 18 brumario, en virtud del cual la fuerza destruya el derecho de que se hace un uso absurdo, para sustituirle con un despotismo

La cámara de los diputados, en lugar de ser reguladora del gobierno, habia bajado á ser simple palenque de torneos oratorios, gastando fuerzas preciosas en simulacros cada vez mas monótonos, y Lamartine acertó á describir la disposicion general de los ánimos cuando dijo: «La Francia se aburre.» Con una constancia desesperante se encargó Girardin en su periódico *La Presse*, de aumentar datos y pruebas de la corrupcion é inmoralidad del gobierno y de la administracion, y las revelaciones fueron tan repetidas como abrumadoras: defraudaciones, cohechos, negocios sucios de toda clase y en todos los ministerios, principalmente en los de Marina, Guerra y Obras públicas, salieron á la luz del día, y desde el ministro hasta el último empleado subalterno resultó toda la administracion una sola empresa de saqueo y de rapiña. Girardin, que era diputado, repitió sus acusaciones en la cámara en alta voz cuando sus adversarios le atacaron; y entonces la oposicion, al ver que los ministros callaban, pidió una informacion jurídica; pero esta peticion no tuvo éxito porque la mayoría, obediente y beneficiada, se declaró *satisfecha* de las declaraciones del ministerio por 225 votos. El pueblo y la prensa llamaron desde entonces á los diputados de la mayoría, *los satisfechos*. Los escándalos no cesaron; Teste, par del reino y ex-ministro de Obras públicas, fué acusado de haberse dejado sobornar por su colega el general Cubières, ministro de la Guerra en el año 1840, para obtener la concesion de una mina de sal gema en cambio de una cantidad proporcionada; Teste negó descaradamente el cohecho, pero el tribunal evidenció su culpabilidad, y ambos culpables fueron sentenciados á las penas correspondientes. Cuando esta causa ocupaba todavía la imaginacion del público, ocurrió el asesinato de la duquesa de Choiseul-Praslin, hija del mariscal Sebastiani, por su propio esposo, en 18 de agosto de 1847, y se formó una causa que reveló la inmoralidad espantosa de las clases altas. El público, indignado ya contra estas clases, recibió un nuevo disgusto al saber que alguien habia tenido la complacencia de facilitar al culpable un veneno para librarse de las manos del verdugo. Pocas semanas despues se suicidó el conde de Bresson, que habia negociado el casamiento de la reina de España y de su hermana, y que habiendo caído en desgracia, habia sido enviado de embajador á Nápoles.

A medida que el rey se veia dueño absoluto de su ministerio y de la mayoría de la cámara, se volvió mas obstinado y atrabiliario y mas engreído de su sabiduría y experiencia en política, concentrada en su *idea inmutable del justo medio*, eje al rededor del cual giraban en loco torbellino los errores y las pasiones. Con la muerte de su hermana Adelaïda perdió la única persona cuyo consejo escuchaba, y desde entonces sintió en ciertos momentos el abatimiento del hombre aislado, como cuando dijo á su fiel ministro Guizot: «Usted es el último romano.» Mas téttricos fueron los presentimientos que se apoderaron de su familia: «Estoy triste hasta el fondo de mi alma al ver el malestar general que domina los ánimos, al ver la aversion y el descrédito que inspiran las clases mas elevadas, al ver el aburrimiento que se apodera de todo el mundo,» escribia la duquesa de Orleans á la señora de Harcourt (5).

inteligente y bien dirigido.... Pero el cielo no crea todos los días un Napoleón... y no sería imposible que surgiera de la tierra alguna mala copia de aquel emperador, alguna caricatura grabada en hierro. Entonces Dios sabe lo que podría suceder.»

(5) Véase la obra de esta: *La duquesa de Orleans*, 2.ª edicion, 1859, y la carta que el príncipe de Joinville escribió desde Spezia á su hermano Nemours, publicada en la *Revue rétrospective*, número 31, en la cual el hijo del rey resume la situacion del modo siguiente:

«7 de noviembre de 1847.—Te escribo cuatro letras porque me tienen perturbado los sucesos que se acumulan de todas partes, y empiezo á

Guizot, en cambio, estaba tranquilo y satisfecho, y dijo en noviembre de 1847 á un embajador extranjero: «Siete años hace que soy ministro, y hoy considero la situacion general excelente y mi posicion mas asegurada que nunca. El partido conservador me es afecto porque sabe que sin mí pronto quedaria desarmado y sucumbiria ante la oposicion; sabe además que soy hombre capaz de subir á la brecha para hacer frente á los demócratas, y que en caso necesario no retrocederia ante nada, echando mano si conviniera de medidas excepcionales y hasta de la metralla. Dueño del país mas que nunca, seguro del apoyo del rey, no tengo temor de que la cámara me haga caer;» y á Metternich escribió aquel mismo año: «La Francia está ahora dispuesta y preparada para la política conservadora; ha encontrado su asiento y esto por mucho tiempo. Oscilaciones habrá, pero cada vez mas cortas y mas débiles, como las de un péndulo que tiende al reposo. Nada de fermentacion honda ni turbulenta en el interior ni en el exterior (1).» Por aquel mismo tiempo escribió á Dupin el conde Duchatel, ministro del Interior, al cual incumbia dirigir y disciplinar la mayoría de la cámara: «Nada de nuevo, todo el mundo duerme por ahora.»

Thiers no vivia tan alucinado, porque escribió á un amigo sugo: «El país camina á pasos agigantados á una catástrofe, en vida del rey ó despues. Habrá guerra civil, reforma de constitucion y quizás cambio de personas en altos puestos. El país no querrá soportar regencia alguna, á no ser que se haga algo grande para levantar el espíritu público. El rey nada ha creado y deja á su familia el trabajo difícilísimo de sostenerse. Si Napoleón II viviese, reemplazaria ahora al rey que ocupa el trono.»

Siendo la ley electoral y la mayoría de la cámara los baluartes detrás de los cuales se creia invencible la política imperante, era natural que sus adversarios dirigiesen sus ataques contra aquellos baluartes. La reforma electoral fué, pues, el grito de guerra de la oposicion. Thiers, cuando era ministro, habia reconocido la justicia de esta reclamacion, reservando, sin embargo, su realizacion para el porvenir, y su vuelta á la oposicion dió mas fuerza á estas pretensiones, lo cual hizo decir á Guizot con sorna que el porvenir habia venido muy pronto. En realidad, la reforma electoral solo era reclamada por el partido republicano; la oposicion monárquica no se servia de esta cuestion sino para excitar al cuerpo electoral en beneficio del partido medio que representaba, sin aumentar en realidad los derechos políticos de las clases

alarmarme seriamente. La muerte de Bresson me ha conternado... Bresson estaba muy resentido contra padre, habia dicho cosas extrañas de él, como aquello de: «El rey es inflexible, quiere que en todo predo mine su voluntad,» etc. No faltará quien repita constantemente todo esto, y se revelará lo que yo considero como nuestro gran peligro: la accion que padre ejerce sobre todo, esa accion tan inflexible que cuando un hombre de Estado comprometido con nosotros no puede vencerla, no tiene mas recurso que el suicidio. Me parece difícil que este año en la cámara deje de tratarse de esta situacion anormal, que ha concluido con la ficcion constitucional.... No hay ministros, su responsabilidad es nula; todo depende y viene del rey.

»Nuestra situacion no es buena. En el interior el estado de la hacienda, despues de diez y siete años de paz, no es brillante. En el exterior, donde habríamos podido buscar algunas de esas satisfacciones de amor propio que tanto halagan á nuestro país.... no brillaremos tampoco. El advenimiento de Palmerston, despertando la desconfianza apasionada del rey, nos ha inducido á la campaña española y nos ha dado una deplorable reputacion de mala fe. Separados de Inglaterra en el momento en que ocurrían los sucesos de Italia, no hemos podido tomar en ellos una parte activa, que habria seducido tanto á nuestro país y habria estado de acuerdo con principios que no podemos abandonar, pues por ellos existimos.

»Lo peor es que no veo remedio... ¡Desgraciados matrimonios españoles! Aun no hemos agotado el cáliz de amarguras que contienen.»

(1) *Papeles póstumos*, tomo VII, pág. 396.

pobres. Tanto Guizot, á quien halagaba oír calificar su gabinete con el nombre de gabinete de resistencia, y despreciaba la agitacion creyéndola artificial, como la mayoría, que no queria perder sus ventajas é influencias, justificaban su resistencia á todas las reclamaciones de reforma con la excusa de que ceder seria poner en peligro la sociedad cuyos destinos les estaban confiados.

Desde el año 1847 empezó á tomar mas carácter el movimiento en favor de la reforma; la guardia nacional de Paris en lugar de aclamar al rey con los vivos de costumbre gritó: «¡Viva la reforma!» y Duvergier d'Hauranne presentó á la cámara una proposicion de ley de incompatibilidades que quitaba á los empleados del Estado el derecho de ser diputado, y que fué desechada por doscientos cincuenta y dos votos contra ciento cincuenta y cuatro, porque Guizot prometió presentar él mismo un proyecto de reforma. Pero cuando lo supo el rey dijo: «¿Con que mi ministro ha dicho eso? Pues sepa V. que yo no he prometido nada, y jamás concederé reforma alguna.» En el curso del debate refirióse el ministro Duchatel á la indiferencia del país, lo cual indujo á la oposicion á probarle lo contrario con peticiones cubiertas de firmas y además, como en 1830, con una serie imponente de banquetes á favor de la reforma. El primero se celebró en Paris el día 9 de julio de 1847, y despues hubo unos setenta mas en diferentes departamentos, hasta el 25 de diciembre. Los organizadores de estas fiestas, á cuya cabeza figuraban Duvergier d'Hauranne y Odilon Barrot, estaban muy léjos de sospechar la catástrofe que produjeron. Ninguno de ellos tenia deseos de provocar una revolucion ni poner en peligro el trono, solo iban contra el ministerio, que vivia, para la ambicion de algunos, demasiado tiempo y que para los mas facilitaba con su servilismo el gobierno personal del rey.

La oposicion liberal monárquica, organizadora de los banquetes, admitió la alianza de los radicales, que fueron aumentando sucesivamente su número hasta constituir mayoría y lograr, acudidos por Ledru-Rollin, en el banquete de Lila la omision del brindis á favor del rey, que hasta entonces habia sido de reglamento en todos los banquetes. Otras manifestaciones, no ya solamente condenando la corrupcion del gobierno y la violacion de la constitucion, sino tambien aclamando la soberanía nacional y evocando el recuerdo de la revolucion de 1830, se introdujeron sucesivamente en estos banquetes é hicieron comprender á los organizadores que habian desencadenado elementos que no eran dueños de dominar.

En el último apuro quizás Guizot habria consentido en una reforma electoral, propuesta y discutida en regla, pero jamás habria cedido á una presion extraparlamentaria. Cuando la agitacion iba tomando un aspecto siniestro, Morny le hizo comprender el peligro á que conducía una resistencia que era ya temeraria, pero antes de ceder á la presion, presentó al rey su dimision, fundándola en su impopularidad que le impedia entrar con buen éxito en una via conciliadora. La reina y sus hijos se armaron de valor y aconsejaron al rey que admitiera la dimision, pero fué inútil, Luis Felipe los rechazó con dureza, Guizot permaneció en su puesto y con él la política de resistencia, apoyada con mas obstinacion por el conde Duchatel. El 28 de diciembre abrió el rey el parlamento, y en el discurso del trono quiso marcar ante el país como agitadores y enemigos de la patria á los adversarios de su gobierno, diciendo: «En medio de la agitacion atizada por pasiones enemigas ó ciegas, me sostiene y anima la conviccion de que tenemos en la monarquía constitucional, en la alianza de los grandes poderes públicos, el medio de vencer todos estos obstáculos.» Cuando salió del salón pasó

saludando por delante de la izquierda, la cual en lugar de los vivos de costumbre observó un silencio glacial. La oposicion de la cámara habia recogido el guante arrojado por el rey á los agitadores. Antes de entrar en la discusion de la contestacion al discurso del trono, presentó Odilon Barrot á la consideracion de la asamblea un nuevo caso de venta de empleo, que fué fatal para Guizot, cuya inmaculada integridad se habia mantenido hasta entonces muy por encima de los viles manejos de su partido. Se le probó que por complacer al par del reino Bertin de Vaux, habia sacado de los fondos secretos la suma de 600,000 francos para facilitar á un tal Petit, marido de la querida de Bertin, la colocacion que pretendia, si bien el negocio habia sido abandonado antes de realizarse definitivamente, por haber traspirado al público. Lo peor fué que Guizot empezó por negar, y cuando la negativa resultó inútil hizo el asunto cuestion de gabinete, pidiendo que se pasara al orden del día, lo cual hizo exclamar á Odilon Barrot: «A dura prueba somete V. á su mayoría, porque la confianza que V. tiene en sus votos es un insulto demasiado grosero para ella.» Sin embargo la mayoría fué obediente, los doscientos veinticinco *satisfechos* se dieron por tales y pasaron al orden del día.

Esta sesion fué la del 21 de enero de 1848. Por entonces llegaron á Paris las noticias de los sucesos ocurridos en Sicilia, y electrizaron á los hombres de la oposicion. Thiers, que no habia querido tomar parte en los banquetes, fustigó al gobierno cruelmente por su política extranjera, su inclinacion al Austria y su comportamiento en Suiza y en Italia, y entonces fué cuando dijo: «Los tratados de 1815 se han de observar, pero detestándolos.» Tocqueville predijo la revolucion por obra de las clases bajas, diciendo: «¿No veis que sus pasiones, de políticas se han transformado en sociales? ¿No veis cómo se propagan entre ellas paso á paso ideas y doctrinas que no tienen por objeto cambiar esta ley ó aquella, ni derribar este ó aquel ministerio, ni tampoco todo un gobierno, sino commover la sociedad en sus mismas bases? Yo comprendo la utilidad y hasta la urgencia de la reforma electoral, pero no soy tan necio tampoco que crea que las leyes por sí solas determinan los destinos de los pueblos. El espíritu del gobierno origina los sucesos. Conservad, si quereis, las leyes existentes, y tambien los mismos hombres, pero por Dios cambiad el espíritu del gobierno, porque, repito, el que ahora impera conduce al abismo.»

Todo fué en vano; despues de un debate que duró veinte días sobre la contestacion al discurso de la corona estaba la mayoría tan firme y adicta al ministerio como nunca, porque de él dependia su existencia, lo cual hizo exclamar al *National*: «Ha concluido la lucha de palabras, ahora empezará la de obras.» En los debates habia anunciado Duchatel la prohibicion de los banquetes reformistas fundándose en una ley del año 1790, lo cual excitó á la oposicion á sostener en la práctica la legalidad de esta manera de hacer resistencia. Con este objeto se dispuso celebrar un banquete en casa de un diputado en los Campos Elíseos, al cual prometieron su asistencia noventa y dos. Esto era equivalente á encender una hoguera cerca de un barril de pólvora, porque el descontento que reinaba en la guardia nacional, la fermentacion que se advertia en la clase obrera y la ira de los estudiantes por haber cerrado el gobierno las clases de Quinet, Michiewicz y Michelet, eran tales, que el solo anuncio del banquete produjo una agitacion alarmante para todos los hombres de sano criterio, menós para el rey y sus ministros, que se reian de todos los avisos y consejos de ceder á tiempo. No parecia sino que Dios los habia cegado, como á los Borbones, para perderlos. «Querido,—contestó el rey al prefecto del Sena, que quiso abrirle los ojos,—V. no entiende de esto;» y

Sebastiani recibió la contestacion sarcástica: «Se ve que V. se ha hecho ya viejo.» Delessert, el prefecto de policía, dijo en tono altanero á los consejeros del municipio, que habian ido á comunicarle sus aprensiones: «Se ha previsto todo y todo está perfectamente dispuesto.»

No estaban tan seguros los jefes del movimiento, que aceptaron la combinacion que por encargo del gobierno les propusieron dos diputados de la derecha, para salir honrosamente del compromiso y evitar un choque irreparable. Esta salida consistia en que un agente de orden público colocado cerca del lugar del banquete, dijera á cada comensal antes de entrar en la casa que se habia prohibido el banquete; que despues de reunidos los convidados, convinieran en llevar el asunto ante el tribunal y se separasen retirándose cada uno pacíficamente.

Pero semejante acomodamiento no fué del gusto de los demócratas, y Marrast compuso un programa de la fiesta segun el cual una seccion de guardia nacional cuyos individuos fuesen armados solo con sable, con el pretexto de formar calle y tener despejado el acceso del edificio, guardaria las avenidas, en realidad para dar á la reunion un carácter importante. El gobierno así lo comprendió tambien y decidió desentenderse de la solucion convenida, por lo cual prohibió el banquete á secas el 21 de febrero. Los organizadores de la fiesta se conformaron, menos Lamartine, que aunque hasta entonces habia sido el mas acérrimo contrario de esta demostracion peligrosa, desde que la vió prohibida insistió en que se celebrara el banquete, diciendo que «aunque todos los diputados se retiraran, iria él solo, seguido únicamente por su sombra.»

Los liberales avanzados no creian que habia llegado el instante de salir á la escena, y se consolaron fácilmente de la prohibicion del banquete diciendo: «¡Paciencia! Cuando el partido democrático tome una iniciativa semejante, se verá si retrocede despues de haber avanzado tanto.» No por esto dejó la direccion de las sociedades secretas de estar alerta, siempre á punto de aprovechar la primera ocasion favorable á sus planes.

El gobierno respiró contento de haber atravesado tan bien la crisis, y si hubiera tomado mas precauciones todo habria entrado en orden, aun en caso de una intentona armada, que fácilmente habria quedado sofocada por las tropas de la guarnicion, aunque esta contaba mucho menor número de combatientes que los 31,000 hombres que figuraban en el papel. Pero el gobierno, para no irritar al pueblo, no la habia puesto sobre las armas, renunciando desde un principio á ocupar los puntos estratégicos designados ya en 1839 por el general Gerard para el caso de una revolucion; de modo que toda la mitad oriental de Paris estaba desprovista de tropa. Así amaneció el día 22 de febrero, y á pesar del tiempo frio y húmedo, acudió el pueblo de todas partes de la ciudad al sitio y alrededores donde debia verificarse el banquete reformista. Muchos guardias nacionales se presentaron de uniforme, sin haber recibido orden para ello, todos para ver la marcha de los comensales y su retirada. Los guardias municipales disolvieron los grupos, los cuales daban gritos de: «¡Abajo Guizot!» mientras otros arrojaron piedras á las ventanas del ministerio de Negocios extranjeros. Tambien hubo de ser protegida la cámara de diputados contra los que arrojaron piedras, sin que pasaran de allí las demostraciones. Era evidente que el pueblo tampoco abrigaba mas proyectos hostiles que el de entregarse á estos desahogos, de modo que la sesion de la cámara llegó á su fin natural sin interrupcion ni desorden, si bien los pensamientos de los en ella reunidos estaban en otra parte y no en lo que se trataba en aquel recinto.